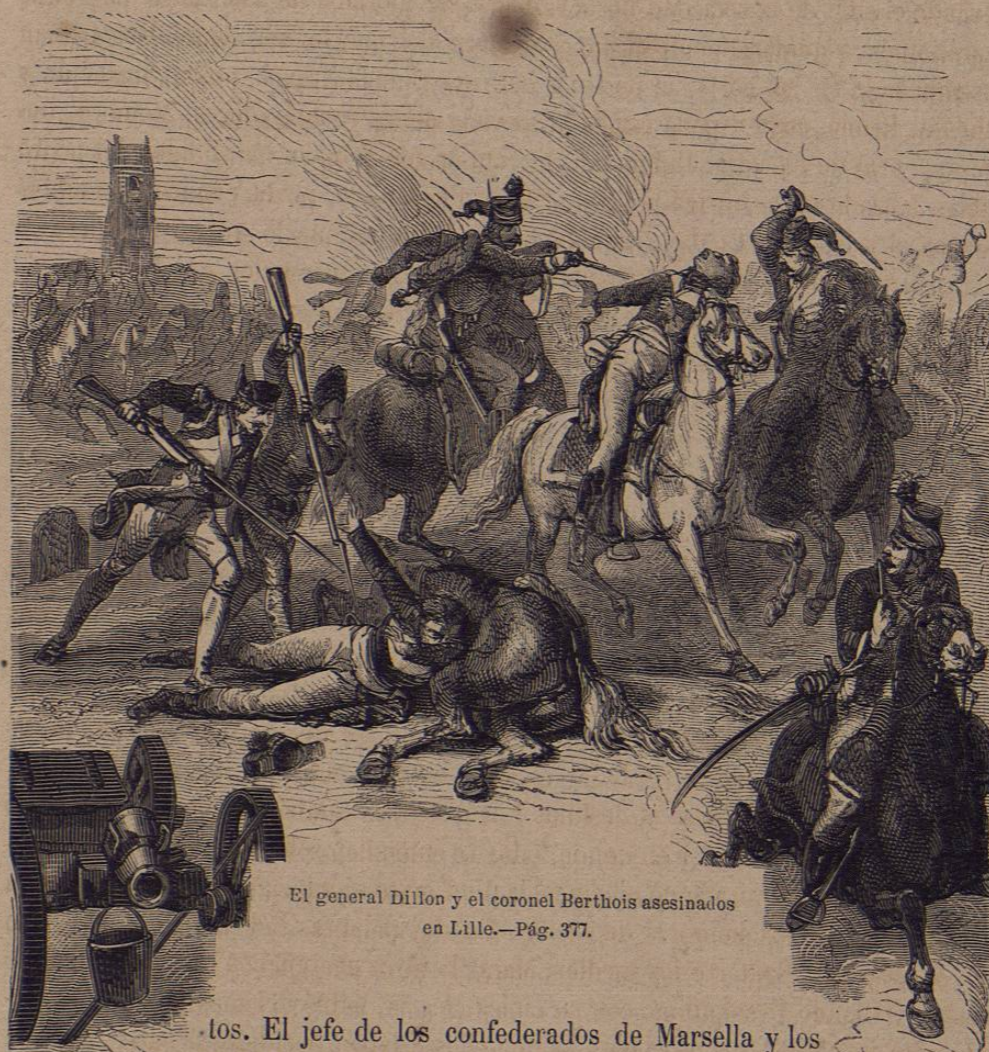


llevando el odio de la sociedad hasta el delirio, se gloriaba de tener tales ideas, que representaba voluntariamente el papel de loco del pueblo, así como otros habian desempeñado en las cortes el de locos del rey; Dubois-Crancé, militar instruido y valiente; Brune, cuya espada estaba al servicio de los conspiradores; Momoro, impresor, ebrio de filosofía; Dubuisson, literato oscuro á quien los silbidos del teatro habian lanzado en la intriga política; Fabre d'Eglantine, poeta cómico que ambicionaba otra tribuna; Chabot, capuchino que habia adquirido un genio áspero en el claustro, y que ardía en deseos de vengarse de la supersticion que le habia encerrado allí; Lareynie, sacerdote soldado; Gonchon y Duquesnois, amigos de Robespierre; Carra, periodista girondino; un italiano llamado Rotondo; Hanriot, Sillery, Louvet, Laelos, y finalmente, Barbaroux, emisario de Brissot y de Roland. Todos estos hombres fueron los principales promotores del motin de 20 de Junio.

III

La reunion se verificó en una casa aislada de Charenton, para deliberar en el silencio de la noche sobre el pretexto, el plan y la hora de la insurreccion. Las pasiones eran muy distintas, pero la impaciencia de todos era la misma. Los unos querian solamente asustar, los otros querian herir; pero todos querian y estaban acordes en que era necesario obrar. Fácil es figurarse que en una reunion presidida por Danton no habria grandes escrúpulos, y que una vez lanzado el pueblo, se detendria donde quisiese el destino. Los discursos estaban de más en donde no habia sino una sola alma y en donde todos se entendian sólo con mirarse. Un apretón de manos, una mirada de inteligencia ó un gesto significativo, constituyen toda la elocuencia de los hombres de accion. En dos palabras indicó Danton el objeto que se proponia, Santerre los medios, Marat la atroz energía con que debia llevarse á cabo, y Camilo Desmoulins, con su écnica alegría, habló del movimiento proyectado para inspirar á sus asociados lo que ellos estaban decididos á hacer, que era lanzarse á las calles á la cabeza de las masas, para arrastrar al pueblo á que les secundase en su empresa, ó por mejor decir, para intimidarle con sus feroces aullidos. Desplegóse sobre la mesa el mapa revolucionario de Paris, y Danton trazó en él las fuentes, los afluentes, el curso y el punto de reunion de los grupos.

La plaza de la Bastilla, inmensa encrucijada en la que desembocaban á manera de rios las populosas calles del arrabal de San Antonio, que por el barrio del Arsenal y por un puente se une al arrabal de San Marcelo, en el que habia hasta doscientos mil obreros, y por la parte del baluarte abierto delante de la antigua fortaleza tiene un camino espacioso que va á parar al centro de la ciudad y á las Tullerías, fué el sitio designado para la reunion de los grupos y punto de partida de las columnas, que debian dividirse en tres cuerpos. El objeto ostensible de aquel movimiento era el presentar una peticion á la Asamblea y al rey contra el *veto* puesto al decreto relativo á los sacerdotes y al de la formacion del campamento de los veinte mil hombres. La contraseña era pedir que volviesen al ministerio los patriotas Roland, Servan y Claviere; el efecto que se proponian sacar de esta intentona los conjurados era infundir terror al pueblo de Paris y al palacio de las Tullerías. La ciudad aguardaba esta visita de los arrabales en razon á haberse celebrado el dia anterior en los Campos Elíseos un banquete de quinientos cubier-



El general Dillon y el coronel Berthois asesinados en Lille.—Pág. 377.

tos. El jefe de los confederados de Marsella y los agitadores de los barrios del centro habian fraternizado en aquella comida con los girondinos, y el cómico Dugazon habia cantado en ella una cancion amenazadora contra el rey. Este habia oido desde la ventana de su cuarto los aplausos y los cánticos siniestros, cuyos ecos llegaban hasta el palacio de las Tullerías.

En cuanto al orden de la marcha, emblemas grotescos, armas extrañas, trajes asquerosos y banderas sangrientas, que debian señalar la aparicion de aquel ejército de los arrabales en las calles de la capital, nada prescribieron los conjurados, porque en casos semejantes, el desorden y el horror formaban parte del programa. En este particular lo dejaban todo en manos de la inspiracion desordenada de la turba, y en las de aquella rivalidad de cinismo que se establece por sí misma en semejantes aglomeraciones de hombres. Danton sabía todo esto muy bien, y contaba con ello.

Aunque la presencia de Panis y de Sergent, individuos del ayuntamiento, daba á este plan la sancion tácita de Petion, los agitadores se encargaron de ir avisando en secreto á los sediciosos, y hacer pasar los primeros grupos del cuartel de San Marcelo y del Jardin de Plantas al otro lado del Arsenal en una barca que servia únicamente entónces para la comunicacion entre los dos arrabales. Esto debia eje-

cutarse á favor de las sombras de la noche y dividiendo los grupos en pequeños pelotones para hacerles pasar el río en la única barca que habia, como acaba de decirse. Lareynie se encargó de sublevar el arrabal de Santiago y el mercado de la plaza Maubert, que es donde las mujeres del pueblo van á hacer diariamente la compra. Vender y comprar es la vida del pueblo bajo; el dinero y el hambre son sus dos pasiones. El pueblo es tumultuoso principalmente en estas plazas, en donde aquellas dos pasiones le condensa. En ningun punto se reune la sedicion con más celeridad ni en mayor número que en semejantes sitios.

El tintorero Malard, el zapatero Isambert y el curtidor Gibon, artesanos ricos y acreditados, eran los encargados de hacer salir de las calles sombrías y fétidas del arrabal de San Marcelo su vecindario indigente y tímido, que rara vez aparece en medio del día en los barrios principales. Alejandro, tribuno militar de aquel mercado de Paris y jefe de uno de los batallones, debia ponerse á la cabeza del de su mando ántes de amanecer, para reunir los grupos y darles en seguida direccion y movimiento hácia los malecones y hácia el palacio de las Tullerías. Varlet, Gonchon, Ronsin y Siret, tenientes de Santerre, ejercitados en esta táctica de los movimientos populares desde las primeras agitaciones del año 89, estaban encargados de otras maniobras análogas en el arrabal de San Antonio. Las calles de este barrio, llenas de talleres, de fábricas, de tabernas y de despachos de cerveza, verdaderos cuarteles de la miseria, del trabajo y de la sedicion, que llegan desde la Bastilla hasta la Roquette y Charenton, contenian por sí solas todo un ejército de invasion contra Paris.

Tres años hacía que este ejército conocia á sus jefes. Estos se apostaban á la entrada de las principales encrucijadas á la hora en que los artesanos salen de sus talleres, tomaban una silla y una mesa en el bodegon más inmediato y afamado, y puestos de pié sobre aquellas tribunas de Baco, llamaban por sus nombres á algunos de los transeuntes y les hacian formar corro en torno suyo. Estos detenian á los demas, el paso quedaba obstruido, y la reunion iba creciendo cada vez más, con todos los hombres, mujeres y niños á quienes una curiosidad tonta, ó si se quiere pueril, hace acudir á cualquier punto en donde se ven unas cuantas personas reunidas. El orador peroraba entónces á la multitud, y el vino ó la cerveza circulaba gratuitamente alrededor de la mesa. Los textos habituales de estas arengas eran la cesacion del trabajo, la escasez de numerario, la carestía del pan, las intrigas de los aristócratas para sujetar por hambre á Paris, las *traiciones* del rey, las *orgías* de la reina, y la precision en que se hallaba la nacion de desbaratar los complots de una corte vendida al Austria. Una vez comunicada la agitacion hasta hacerla llegar á una especie de frenesí, la voz de *¡Vamos!* salia de aquellos inmensos grupos, que dividiéndose, marchaban al mismo tiempo por aquellas calles en cien direcciones distintas. A las pocas horas, innumerables masas de trabajadores de los cuarteles de Popincourt, de los Quinze-Vingts, de la Greve, del puerto de Blé y del mercado de San Juan, desembocaban por la calle del arrabal de San Antonio y cubrian la plaza de la Bastilla, en la que se veian obligados á permanecer algun tiempo, porque era tal el gentío, que hasta al cabo de un rato era imposible abrirse paso. No era grande la detencion, y pronto aquel impulso recobraba toda su fuerza, y las columnas de amotinados se dividian instintivamente para engolfarse en las grandes bocacalles de Paris. Unas se adelantaban hácia el baluarte,

otras desfilaban por los malecones hasta el Puente Nuevo, donde se encontraban con los grupos de la plaza Maubert, hasta caer todos ellos, y los que se les agregaban en el camino, sobre el Palacio Real y el jardin de las Tullerías.

Esta fué la maniobra dispuesta y encargada á los agitadores de los distintos barrios para la noche del 19 de Junio. Los principales motores se separaron despues de haber convenido en que era preciso *concluir de una vez con el palacio*, palabras que dejaban al movimiento del día siguiente toda la vaguedad de la esperanza, y que sin mandar el último crimen, autorizaban á cometer los mayores excesos.

IV

Tal fué la reunion de Charenton, tales eran los hombres invisibles que iban á imprimir el movimiento á cien mil ciudadanos. Laelos y Sillery, que buscaban en este motin un trono para su amo el duque de Orleans, ¿prodigaron el oro en esta ocasion para salir con su intento? Así se ha dicho, así se ha creido tambien, pero jamás se ha probado. Su presencia en aquel conciliábulo es un indicio vehemente contra ellos; mas aunque sea permitido á la historia sospechar sin evidencia, jamás le es permitido acusar sin tener pruebas en que fundar su acusacion. El asesinato del rey al día siguiente ponía la corona en las sienes del duque de Orleans. Luis XVI pudo ser asesinado por un borracho, y sin embargo, no lo fué, y ésta es la única justificacion del partido orleanista. Entre aquellos hombres, unos eran malvados, como Marat y Hebert; otros eran facciosos impacientes, como Barbaroux, Sillery, Laelos y Carra; otros finalmente, como Santerre, no eran más que unos ciudadanos fanáticos por la libertad. Los conspiradores ponian en movimiento y disciplinaban la ciudad al ponerse de acuerdo. Las pasiones perversas individuales inflamaban la gran pasion del pueblo por el triunfo de la democracia, á la manera que muchas veces en un incendio las materias más infectas avivan la hoguera. En este caso, el combustible es inmundo y la llama pura. La llama de la revolución era la libertad; los facciosos podian hacerla más opaca, pero jamás que perdiese su pureza.

En tanto que los conspiradores de Charenton se repartian los papeles del nuevo drama que iban á representar, el rey temblaba en su palacio de las Tullerías, no tanto por sí como por su mujer y sus hijos. «¿Quién sabe—decía á Mr. de Malesherbes con una sonrisa melancólica—si yo veré mañana la salida del sol?»

Con sólo que Petion hubiese dicho una palabra á la municipalidad y á la guardia nacional que estaba á sus órdenes, indicando que era preciso resistir al movimiento, podia comprimirlo y hasta disolverlo. El directorio del departamento, presidido por el duque de Larocheoucauld, que despues fué asesinado, intimaba enérgicamente á Petion que cumpliera con su deber. Petion iba dando largas, se sonreía, respondía de todo y justificaba la legalidad de la reunion proyectada y de las peticiones presentadas por las masas á la Asamblea. Vergniaud rechazaba en la tribuna las alarmas de los constitucionales como unas calumnias contra la inocencia del pueblo. Condorcet se reía de las inquietudes manifestadas por los ministros, que se dirigian á la Asamblea pidiéndole fuerzas. «¿No es muy gracioso—decía á sus colegas—ver que el poder ejecutivo pide medios de accion á los legisladores? ¿Que se salve él mismo si puede, ése es su deber!» De esta manera iba

unida la burla á los complots que se tramaban contra el desventurado monarca. Los legisladores se burlaban de un poder desarmado por sus propias manos, y aplaudían á los facciosos.

Bajo estos auspicios se inauguró la jornada del 20 de Junio. En la noche del 19 al 20 se había celebrado otro conciliábulo más secreto y ménos numeroso en casa de Santerre. Los hombres de accion eran los que habían asistido á él, y la reunion duró hasta medianoche. Desde allí cada uno fué al puesto que le estaba señalado, despertó y reunió á los hombres en quienes más confianza tenía, colocándolos despues en pequeños grupos para recoger á los trabajadores conforme fuesen saliendo de sus casas. Santerre había respondido de la guardia nacional y había dicho á los conspiradores: «No os dé cuidado esa fuerza, porque Petion estará allí».

En efecto, éste había mandado el día ántes que los batallones de la guardia nacional se pusiesen sobre las armas, no para oponerse á la marcha de las columnas del pueblo, sino para fraternizar con los peticionarios y dar escolta á la sedicion. Esta medida equívoca salvaba á la vez la responsabilidad de Petion ante el directorio del departamento, y su complicidad ante el pueblo amotinado. Decía á los unos: «Estoy vigilando»; á los otros: «Ya veis que marcho en vuestra compañía».

Al amanecer, estos batallones, con las armas en pabellon, estaban reunidos en las principales plazas. Santerre arengaba al suyo sobre las ruinas de la Bastilla. A su alrededor afluía continuamente un pueblo inmenso que, agitado é impaciente, estaba dispuesto á caer sobre la ciudad á la menor señal que se le diese para efectuarlo. Los harapos de la indigencia estaban mezclados allí con la brillante armonía de los uniformes. Unas patrullas compuestas de inválidos, de gendarmes, de guardias nacionales y de voluntarios comunicaban á la multitud las órdenes que recibían de Santerre. Una disciplina instintiva presidía aquel desorden, y el aspecto popular y militar á la vez de aquel campamento del pueblo, daba á la reunion el carácter de una expedicion militar, más bien que el de un motin. Aquella multitud reconocía á sus jefes, seguía sus banderas, obedecía su voz, ejecutaba cuanto se le mandaba, y hasta daba treguas á su impaciencia para aguardar refuerzos y para dar á los pelotones aislados la apariencia y el conjunto de unos movimientos simultáneos. Santerre, á caballo y rodeado de un estado mayor de hombres de los arrabales, daba sus órdenes, fraternizaba con los ciudadanos, alargaba la mano á los insurrectos, recomendaba al pueblo que guardase silencio y que se condujese con dignidad, y formaba muy despacio sus columnas de marcha.

V

A las once se puso el pueblo en movimiento en direccion al barrio de las Tullerías. Se ha calculado que fueron unos veinte mil hombres los que salieron de la plaza de la Bastilla, mandados por Santerre y demas principales jefes. Esta fuerza estaba dividida en tres cuerpos, del modo siguiente: el primero se componía de los batallones de los arrabales, armados con bayonetas y sables, y estaba á las inmediatas órdenes de Santerre; el segundo, compuesto de paisanos sin armas, cuando más con picas y palos, marchaba á las órdenes del demagogo Saint-Huruge; el ter-

ceros, mezcla confusa de hombres desharrapados, de mujeres y de niños, era una horda medio salvaje, que sin guardar ningun orden seguía á una mujer jóven y hermosa vestida de hombre que, sable en mano, con un fusil á la espalda, iba sentada en un cañon arrastrado por unos jornaleros con los brazos arremangados. Llamábase esta mujer Theroigne de Mericourt.

Santerre era conocido por el rey de los arrabales; Saint-Huruge era desde el



Luckner.

año 89 el gran agitador del Palacio Real. El marqués de Saint-Huruge, hijo de una familia noble y rica de Macon, era uno de esos alborotadores que parece personificar en sí las masas. De alta estatura y de aspecto marcial, su voz dominaba el rugido de la multitud. Su alma no era cruel, pero su cabeza no estaba enteramente sana. Demasiado aristócrata para tener envidia, harto rico para querer apoderarse de lo ajeno, demasiado ligero de cabeza para ser fanático por principios, se dejaba arrastrar por la revolucion como por una corriente impetuosa, y la amaba porque, habiendo en su movimiento algo de demencia, no podía ménos de serle agradable. Siendo aún muy jóven había prostituido su nombre, su fortuna y su honor en el juego, en el trato con las mujeres perdidas y en todo género de disoluciones. Tanto en el Palacio Real como en los demas barrios de desorden, era célebre por sus escándalos y conocido de todo el mundo. Su familia le había hecho encerrar en la